

"Sálvame": un grito sincero
(La telebasura como autoayuda)

José Juan Picos

@ José Juan Picos, 2014

Todos los derechos reservados

www.sb-ebooks.com

ISBN:

Diseño de cubierta: Esther Maré

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

¡Gracias, *Chemari*!

La idea de este libro me la dio José María Aznar –sí, ese José María Aznar–. Pero lo siento, *Chemari*, yo la registré antes. Aparte de eso, lo tuyo es más la ficción histórica.

Cuando en 2003 Bush Jr., Blair y Aznar, los desde entonces conocidos mundialmente como "Los tres de las Azores" –y no por ser un trío de fados– nos plantaron en una invasión ilegal –la ONU dijo: ¡no!– de un país soberano –Irak– justificada con una mentira –los amenazadores arsenales de destrucción masiva–; nuestro ex presidente, que de tonto no tiene ni un pelo aunque padezca de soberbia oceánica, se dio cuenta de que necesitaba una pantalla de humo. Una tan enorme como la de un cine antiguo y de un humo bien negro.

Y en esto que llegó Javier Sardà y puso de vuelta y media a Aznar –en sus *Crónicas marcianas*– por meternos en una guerra que aún no era nuestra ni falta que nos hacía, como demostraron los cadáveres de doscientos de nuestros conciudadanos, caídos no en un campo de batalla, sino en un día laborable.

Como Sardà le daba cera todas las madrugadas, *Chemari*, en traje de Tormenta del Desierto y con carita de *yonofui*, asistió al programa de Luis del Olmo en Onda Cero para contarle que no es justo que "haya personas que puedan entender que lo normal consista en insultarse a voz en grito diciendo todo tipo de barbaridades de las vidas de unos y otros". Tal cual y sin comas. Y para redondearlo añadió: "Yo creo que sinceramente no es acertado". Y dio por inaugurado el debate de la telebasura –humo que tapaba el de las bombas–. Vaya, como Franco inaugurando pantanos. Y justo aparece cuando a nosotros más nos interesaba el tema de la guerra ilegal de la que no iban a sacar beneficio más que los patrocinadores del Trío. Y pensé: "¡Anda, mira como se autoayuda el *Chemari* éste con la telebasura!". Y diez años después –con Aznar ya desahuciado de la Moncloa y la telebasura gozando de buen estado de salud– caí en la cuenta de que ahí había material para un libro. De autoayuda, claro.

Y eso es lo que pretendo: autoayudarme y de paso ayudar a otros como yo, profesionales que no necesitamos calarnos una gorra y unas gafas negras al salir a la calle por haber trabajado en *realities*, *talk shows* o *late nights*. Con este libro salgo en

su/mi defensa. Yo fui coordinador de guión de *I love Escassi* –por poner un ejemplo– y no albergo por ello más sentimiento de culpa que no haber alcanzado el éxito con un formato que pudo haberlo tenido. La televisión me ha ofrecido trabajo, salarios, experiencias, aventura, conocimiento, compañeros, amigos, amores, países, triunfos y fracasos. En una palabra: vida. Y por ello le estoy agradecido. Aunque el agradecimiento no ha conseguido nublar mi visión: soy capaz de distinguir los focos y las sombras. Y, por ello, también la hipocresía de muchos de sus críticos.

Como además estoy convencido de que a los maestros, igual que a los padres, no los elegimos nosotros sino que la vida nos los va regalando, entiendo que hasta en la telebasura hay un aprendizaje. Me baso en la convicción de que la tele, en su vertiente más infame, no es el peor mal de esta sociedad a punto de reventar (o de claudicar, imagen que de hecho resulta incluso más siniestra). Entiendo que es, como mucho, otro de sus síntomas. Y son los síntomas los que dan pistas al médico para diagnosticar la enfermedad y prescribir el remedio. Si es que, a estas alturas, aún tenemos remedio. Con lo bien que estábamos sin bajarnos del árbol, comiendo plátanos y follando como bonobos, esos simpáticos chimpancés pigmeos con una vida sexual *big size*.

La elección de *Sálvame* como síntoma es obvia dadas las críticas que recibe y las audiencias que cosecha¹. Jorge Javier Vázquez (JJV) es, además, el personaje televisivo más interesante de los últimos años, a pesar de que Belén Esteban se lleve la fama de una lana que carda el presentador catalán. Pero hay otro motivo para que haya elegido uno de los formatos más vistos y más denostados de la televisión en España para tirar piedras a la charca de las opiniones insensatamente compartidas. El subconsciente, personal o colectivo, es, según la psicología, extremadamente literal: se lo cree todo y se lo cree al pie de la letra; por eso hay que tener cuidado con esos leves o graves maltratos que diariamente nos propinamos (y ahí va la primera lección de autoayuda).

Si al subconsciente le dices, día tras día, que eres más gilipollas que donde los fabrican, él lo aceptará a pies juntillas. Nadie te creerá nunca tanto como tu propio subconsciente. Créeme. Por eso entiendo que quienes bautizaron a *Sálvame* estaban, en realidad y sin consciencia de ello, pidiendo ayuda con un grito que es sincero. Todas las tardes, todos los viernes por la noche, gritan SOS. ¿Y sabes, lector, qué significa SOS? *Save Our Souls*. O sea, “Salvad Nuestras Almas”. Justamente lo que necesita este mundo desalmado al que todos los días le arrancamos un trocito de espíritu. Así que

aquí estoy yo, dispuesto a ayudar, a ayudarme y a ayudarte, pasmado lector, extrayendo de la telebasura un puñado de lecciones que toman la forma de veintiún gritos plasmados en veintiún capítulos.

Si aún no estás sorprendido del todo, puede que lo hagas al descubrir al final de este libro una relación de dioses y héroes mitológicos que he llamado “Quién es quién en el Olimpo”. No voy a resolver ahora tus dudas, tendrás que pasar página, pero te avanzo algo: ¿Y si Jorge Javier Vázquez fuese aún más divino de lo que él mismo sospecha?

Yo lo creo así.

GRITO 1

Huye de las opiniones rutinarias como de las americanas con hombreras

“La desidia de la rutina llevará a tu amigo a morderse la cola”

www.encantadordeperros.es

Los críticos de Jorge Javier Vázquez y de la telebasura me recuerdan a un perro que se muerde la cola: furiosamente enfrascado en su obsesiónⁱⁱ. Es verdad que, al principio, ver al animal enroscarse una y otra vez intentando aferrarse a sí mismo es divertido. Tanta ansia, engancha. Pero, después de un rato, cansa. Y entonces el espectador se va a lo suyo, que le trae más cuenta, y deja que el perro siga haciéndose un churro todas las veces que le dé la gana. Otra posibilidad es llevarlo al veterinario.

Este libro va de la primera opción. No de llevar a los críticos de televisión al veterinario, –¡qué barbaridad!–, sino de ir a lo nuestro. El texto que tienes entre tus manos nace con la idea de expresar un juicio diferente de un fenómeno televisivo respetable. Sí, han leído bien: respetable. Tanto por su magnitud como por sus consecuencias. Supongo que debe de haber mil y una maneras de formarse una opinión propia sobre la llamada telebasura. Pero también entiendo que todas ellas permanecen sepultadas bajo una mirada monolítica y esculpida en granito, que no sólo no nos deja apreciarlas sino que emite valoraciones como que Jorge Javier Vázquez se ha convertido en una tragedia nacional sólo comparable a la pérdida de Cuba. O, según como se mire, a la última huelga de basureros de Madrid.

De hecho, el nombre del presentador de *Sálvame* va tan asociado a la telebasura que él mismo se ha convertido en un contenedor. Y no de recogida selectiva, precisamente. Para muestra, ahí van unos desperdicios, digo críticas, de esas que a Vázquez suelen caerle encima los días pares, y los impares también:

“Almorrana del recto infecto de Vasile”.

“Zurraspa de un ano revenido”.

“Conductor de heces”.

Las dos primeras citas son del bloguero Javier Pérez de Albéniz, azote de la telebasura desde *El descodificador*, espacio que hoy está asociado a *Vanity Fair* y antes lo estuvo al diario *El Mundo*ⁱⁱⁱ. La tercera es del crítico de cine y televisión Carlos Boyero, colaborador de *El País* y la *Ser*^{iv}. Dada la calidad de los insultos –raramente podríamos considerarlos críticas– se diría que el perro no da vueltas en busca del rabo, sino que intenta meterse el hocico en el culo.

Pues bien, de entre todos los ángulos que podría haber encontrado para considerar a Jorge Javier Vázquez de otra manera he escogido, quizá, el más extravagante de todos: el mitológico. ¿Y eso por qué? Déjame responderte con otra pregunta, que para eso vivo en Galicia: ¿Qué día es hoy? Ignoro el día en que tú, valiente lector, estás leyendo estas páginas, pero yo las escribo en viernes. Viernes viene del latín, *Veneris dies* o el día de Venus, la diosa del sexo y la belleza entre los romanos. Casualmente, los ingleses llaman *Friday* al quinto día de la semana y los alemanes *Freitag*: la colega despendolada de Venus en la mitología nórdica era Freyja. También es casualidad que el viernes sea el día en que nos ponemos gayumbos y braguitas limpias –algunos, que no todos– en busca de fantásticas expectativas sexuales. Si en vez de ponerle una vela a San Judas, patrón de los imposibles, se la pusiéramos a Venus, mejor nos iría.

El lunes es el día dedicado a la Luna; el martes, al dios de la guerra; el miércoles, a Mercurio, el mensajero de los dioses; el jueves, que está en el centro de la semana – como en un trono –, es el día de Júpiter, el padre de los dioses. En español, el sábado y el domingo tienen raíces judeocristianas, pero en inglés son, respectivamente, el día de Saturno (*Saturday*) y el de Apolo, el dios solar (*Sunday*, literalmente significa día del Sol). Los meses de enero, marzo, mayo y junio también hacen referencia a dioses romanos. Respectivamente a Jano, el dios de las dos caras que mira al pasado y al futuro; a Marte, porque las campañas militares se ponían en marcha al llegar la primavera; a Maia, la diosa del cuerno de la abundancia; y a Juno, esposa de Júpiter. Así pues, la mitología nos acompaña, queramos o no, todos los días de nuestra vida. Y todos los de las vidas de nuestros antepasados y de nuestros descendientes si no se cambia el calendario. Los mitos, en consecuencia y por ahora, son eternos.

La rutina y el paso del tiempo han contribuido a hacernos perder la noción de que muchas de nuestras palabras más comunes tienen una raíz mitológica. Hay una

larguísima lista y ni nos damos cuenta de ello. Bastaría con mirar al cielo de noche y buscar algún planeta para que aparezcan en el telescopio una larga relación de dioses romanos.

De Afrodita viene afrodisíaco; de Venus, venéreo; y de Eros, erótico. Por Hércules hacemos esfuerzos hercúleos, y por los Titanes, titánicos. A Cronos, el dios del tiempo, se encomiendan los atletas que corren bajo la dictadura del cronómetro; los periodistas que redactan a vuelapluma una crónica y los médicos que diagnostican una dolencia crónica. Si la enfermedad es terminal, el facultativo pedirá la ayuda de Morfeo, el dios del sueño y del opio, y administrará la dosis correspondiente de morfina.

Los psicólogos son los que mejor saben, con permiso de los poetas, cuánto nos acompaña a diario la mitología. Narciso da nombre al egoísmo patológico, así como Edipo y Electra a la fantasía del incesto. Pero quizá no todos sepamos, o recordemos, que las fobias tienen su raíz en Fobo, hijo de Marte y auriga de su carro de guerra, que desde las nubes esparcía el miedo en las batallas.

Cada vez más en estos tiempos, los psiquiatras atienden a personas aquejadas de ataques de pánico, un miedo irracional que provocaba entre los pastores y las ninfas la aparición de Pan, el dios silvestre y velludo con cuernos y pezuñas de cabra, y dotado de un falo bestial en permanente erección. Ese mismo pánico es el que hoy sufrimos muchos ante la crisis económica, los recortes de Rajoy, el paro y la corrupción. Y ahí nos damos cuenta de que vivir se ha convertido en una odisea que deja la de Ulises al nivel de una peripecia de Bob Esponja.

Ni siquiera el fútbol se libra de las analogías míticas. Casillas, por ejemplo, es un cancerbero; no es que sea un perro con tres cabezas, pero igual que el Can Cerbero protegía la puerta del Infierno, el guardameta del Real Madrid protege su portería. Y ahora con más motivo que, dicho desde el cariño, ha tenido un cachorro. La afición del Atlético de Madrid, por su parte, se reúne ante la estatua de Neptuno, el dios romano del océano, cada vez que Niké, la diosa de la victoria –hoy marca deportiva–, les sonrío. Y es que el mar es tan imprevisible como los triunfos colchoneros –hablo de la época pre Simeone– y su afición es igual de profunda.

Podemos terminar esta reivindicación de la mitología en nuestra vida cotidiana con un paseíto por Hollywood. Desconocido pero deseado lector, ¿te gustan las pelis de

gladiadores? No hace falta que te muevas por salas de masaje masculinas para que me respondas que sí. A mí me encantan. También es verdad que, a veces, prefiero la Antigüedad a los tiempos modernos. Entonces, si eras esclavo, lo sabías; y tu amo te recordaba, con látigo en la mano, que no eras más que escoria. En cambio ahora te sueltan una reforma laboral y te intentan convencer de que el trabajo te hará libre. Exactamente lo mismo que los nazis les decían a los judíos en Treblinka. Después te recuerdan que votar es un deber y no un derecho, y que, si no haces uso de ese gesto democrático, luego no se te ocurra quejarte de las perrerías que se legislen.

A lo que íbamos. Resulta que allá, en la meca del cine, la mitología está más viva que nunca gracias al género llamado péplum, que es el de aventuras históricas y míticas con maxifaldas para ellas y minifaldas para ellos (*Gladiator*, *300*, *Troya*, *Pompeya*...). El péplum mitológico aún les reporta beneficios a los productores de Hollywood, que en los últimos años han financiado dos versiones de las aventuras de Perseo, el héroe que mató a Medusa: *Furia de titanes* (2010) e *Ira de titanes* (2012). Y una entrega sobre las hazañas de Teseo, el verdugo del Minotauro: *Inmortales* (2011). Han estrenado, además, la adaptación cinematográfica de la saga literaria de Percy, un adolescente neoyorquino que no sabe que es hijo de Poseidón. Su nombre mítico también es Perseo, de ahí lo de Percy. La primera de sus aventuras se tituló *Percy Jackson y el ladrón del rayo* (2010) y la segunda *Percy Jackson y el mar de los monstruos* (2013). Por si fuera poco, en 2014 está previsto el estreno de dos fantasías sobre Hércules, *El origen de la leyenda* y *La guerras tracias*; así como una secuela de *300* que se titulará *El origen de un imperio*. Con todo rigor, esta última no puede ser calificada de mitológica, pues narra la batalla de Salamina; pero los efectos especiales y la libertad de los guionistas de Hollywood la convertirán, sin duda, en algo increíble. Tanto como la imagen del rey Jerjes, que ya dio que hablar en *300* y que ahora cobra más protagonismo. El rey persa fue presentado como una redomada, enjoyada y aceitunada *drag queen*, muy reinona sobre una carroza que ni las de la *Gay Parade* de San Francisco; se diría que, en cualquier momento, iba a desbaratar las falanges espartanas arrojándoles estrofas de los grandes éxitos de Raffaella Carrá o de Mónica Naranjo. Si no queríamos sopa, ahora dos tazones^v.

El último ejemplo está traído por los pelos, aunque también nos sirve: Ridley Scott le puso el título de *Prometheus* (2012) a la precuela de *Alien*, *el octavo pasajero*.

Prometeo fue el titán que robó a los dioses el fuego para entregárselo a los seres humanos.

Conclusión: invocamos a los antiguos dioses griegos y romanos en la rutina y en la novedad, en la UCI y en el cine. Los tenemos siempre en la punta de la lengua. Por algo será. Quizá porque sirven para explicar la realidad con palabras reconocibles, llenas de contenido y de colores para todos los gustos. La mitología se parece a los estantes de un supermercado: podemos tomar de ella cuánto necesitemos para entender lo que pasa y lo que nos pasa. Y si los mitos explican el paso del tiempo, la crisis, la medicina, la psicología y el fútbol, cómo no van a explicar la telebasura, que es tan humana como todo lo demás. Así que, con la ayuda de los dioses y de los héroes antiguos, también podemos abarcar a Jorge Javier Vázquez sin necesidad de dar vueltas como locos buscándonos el rabo. Y, además, la mitología es divertida, sorprendente y espectacular, como las películas de gladiadores y como *Sálvame* (que, según se mire, una veces parece el Coliseo y otras el dormitorio de Calígula).

Notas del libro

- ⁱ Al cierre de la redacción de este libro, en enero de 2014, y con el formato a punto de cumplir cinco años, *Sálvame Deluxe* lideraba el *prime time* de los viernes.
- ² Hoy en día, con el grado de humanización que la mayoría de los amantes de los animales han regalado a sus mascotas y con el enorme negocio montado alrededor de esa moderna fiebre, que a uno lo comparen con un perro no debe ser tomado, ni mucho menos, como una falta de respeto. Atrévase a decirle al dueño de un can que se sienten ofendidos por la comparación y obtendrán una sarta de insultos que ni los del capitán Haddock.
- ³ <http://eldescodificador.wordpress.com/2007/12/11/la-marica-de-la-tele/>
- ⁴ http://elpais.com/diario/2009/10/17/radiotv/1255730402_850215.html
- ^v La película calca, es verdad, la iconografía del tebeo de Frank Miller que la inspira.